
JÓVENES INDÍGENAS COMO ACTORES SOCIALES CON IDENTIDADES MÚLTIPLES

Romelia Pérez Gómez*

El reflejo de sus sienes blancas permanece sobre las estelas
de los centros ceremoniales. Los dioses con pies desnudos andan
y buscan, sueñan el pasado y se esconden. Ven danzar a la juventud,
alegrar la lluvia, los campos, la montaña y el corazón.
¡Qué tiempos aquellos, cuando los hombres de maíz adoraban
a Hunampú y le hablaban en lengua verdadera, que es la maya.

Fragmento de la poesía en Prosa “A la memoria del abuelo”

¿Cómo somos los jóvenes de los grupos indígenas de hoy? ¿Cómo pueden distinguírnos cuando estamos en las ciudades? ¿Quiénes son los jóvenes indígenas y quiénes no lo son? ¿Cómo nos ven desde afuera? En este mundo y en estos días que habitamos un mundo globalizado, no podemos ser ajenos al consumo cultural capitalista, cuando entre los jóvenes los productos comerciales tienen gran demanda, no sólo en las grandes urbes sino hasta en las zonas rurales. En este texto indagaré varios aspectos que considero importante para hablar de temas relacionados con los jóvenes indígenas.

*Estudiante tzeltal de la Universidad Intercultural de Chiapas.

Partiré desde mi conocimiento académico y de mi experiencia personal como joven universitaria y mujer indígena que soy, nacida en el pueblo de Amatenango del Valle, Chiapas.

Las respuestas de las preguntas del primer párrafo no son fáciles de contestar, pues existen muchos jóvenes perteneciente a algún pueblo originario que emigran a las grandes ciudades por diferentes factores, y por tanto tenemos comportamientos e identidades diferentes al vernos alejados de nuestras tierras natales. Por otro lado, las leyes y el gobierno también nos han querido definir desde afuera, creando diferentes instituciones y políticas para tratar nuestros diversos aspectos de la vida, llámese organización social, política y económica. Además de que hay muchas personas que niegan sus identidades propias, por pudor o desconocimiento de la historia. Podemos tener ascendencia indígena, pero también dejar de ser indígenas, aunque la sangre latente en nuestras venas siga siendo de los mayas, aztecas, toltecas, entre otras muchas culturas madres.

Los jóvenes que se encuentran en las zonas urbanas están al pendiente de los movimientos que ocurren alrededor, parecen tener una vida acelerada con actitudes diferentes; a veces, con complicaciones que debemos enfrentar de diferentes maneras, dependiendo de si nos encontramos estudiando o trabajando. Y pensamos: “mañana ¿qué comeré?, ya tengo que pagar la renta, cómo estarán nuestras familias, ¿y los gastos de la escuela?”. En fin, habitar en una ciudad es extraño y difícil, pero con el tiempo nos vamos acostumbrando, y empezamos a adquirir nuevos hábitos culturales y sociales. Sin embargo, cuando llegamos a nuestros pueblos, la vida transcurre sencilla y aparentemente sin complicaciones, porque ahí no es necesario comprar la alimentación básica, que consiste en frijoles, tortillas, y una gran variedad de verduras, e incluso comemos carne de aves y animales silvestres. Así, los esfuerzos de integración que realizamos algunos pueblos para adaptarnos a la otra vida secular han dado como resultado una mezcla de conceptos en donde nosotros, descendientes de pueblos originarios, nos vemos obligados a habitar mundos paralelos: uno cristiano y el otro, el de

las viejas costumbres, creencias y cosmovisión; y es en la escuela donde se nos abren nuevos horizontes.

Para hacer el análisis acerca del quehacer de los jóvenes indígenas de hoy, empecé divagando conmigo misma y la trayectoria de mi ser: soy una joven, mujer, estudiante e indígena, y me ubico en una situación bastante difícil en el contexto en que me encuentro: en el ambiente y la cultura urbana. Pero también es cierto que estar alejada de mi pueblo y mi gente, me conduce a reconocer los factores culturales en mi definición de identidad. Un nivel de integración de mi cultura que reúne la organización social y mi sentido de pertenencia territorial, con una idea de provenir de un origen común y de poseer una cultura que aún existe en mí: la esencia de ser maya contemporánea, los valores colectivos de mi comunidad y/o pueblo, los esquemas tradicionales que se siguen practicando. Y me doy cuenta de que estos factores se llevan a donde quiera que uno vaya, y no hay pretexto para decir que se pierde la identidad.

SER INDÍGENA

A nosotros nos han apartado de los otros jóvenes del país e incluso del mundo y nos han llamado “jóvenes indígenas”. Tiempo atrás el sistema y la sociedad “civilizada”, creían que necesitábamos atención especial, dando lugar a la creación de nuevas políticas públicas que atendieran nuestras demandas, no sólo como jóvenes, sino para todos los indígenas; pero nunca funcionaron de manera adecuada, porque las políticas fueron creadas desde arriba, de manera que no se atendían las necesidades de los pueblos; por el contrario, la explotación cultural y de recursos naturales fueron tomando fuerza, hasta que casi acabaron con nuestros patrimonios, tangibles e intangibles.

Cuando hablamos de patrimonio tangible e intangible se engloban múltiples aspectos: nuestras lenguas maternas, costumbres y tradiciones, la cosmovisión e incluso recursos naturales. Cuando

menciono que han acabado con nuestros patrimonios, me refiero a que muchos de los aspectos culturales de cada pueblo originario han ido perdiendo su originalidad aceleradamente, mientras que hemos ido adaptando otros elementos occidentales, y como resultado, hoy en día ya forman parte de nuestra cultura. Hay que aceptar que existen elementos externos que ayudan a conservar gran parte de nuestras culturas, pero otros han contribuido a exterminarnos como pueblos; como la educación, la salud, la economía, la política, la migración, entre otros.

LA EDUCACIÓN

En cuanto a la educación formal hay mucho de qué hablar, desde la educación básica hasta la superior, e incluso del posgrado. Como parte de la política del Estado nación, anteriormente en todos los niveles educativos las clases se impartían en español, que es la lengua oficial de México, y muchos indígenas y no indígenas dicen que fue para exterminar las lenguas originarias. Y yo estoy de acuerdo, porque tuve esa experiencia en la educación primaria. Yo estudié en una primaria federal y no bilingüe. Todos los docentes de la escuela hablaban español. Para los niños que ingresaban a la primaria era difícil dialogar en español con los profesores, e inclusive había niños que no entendían nada de español y eso complicaba más el asunto, y yo observaba que esa situación, al profesor no le importaba ni en lo más mínimo. Eso sucedía al principio, pero al avanzar de grado uno empieza a captar las ideas, entonces los niños empiezan a aprender lo básico de la lengua castellana. Todos los días aprendíamos nuevas cosas. La mayoría de los niños se sentían orgullosos porque ya podían pronunciar alguna frase como: “¿me da permiso de ir al baño?” o “¿Me da permiso de faltar mañana a clases?”, entre otras. En una ocasión cuando yo estaba cursando el quinto grado el profesor nos prohibió conversar en la lengua materna, y pobre de él o de ella, de mí, si lo hacíamos, porque nos aplicaban algún castigo.

Debo aclarar que el castigo no era terrible, pero a nadie le gustaba. Ya no sé a ciencia cierta qué tipo de castigos eran, ya que ha pasado más de una década desde que estuve en la primaria.

En mi caso no se me complicó mucho hablar el español, porque había vivido una tercera parte de mi niñez en otro municipio, en específico mis primeros dos años y medio. También me ayudó mucho haber estado en el kínder porque ahí aprendí una que otra frase en español, desconocida para mí. Esto no quiere decir que haya sido una fortuna haber empezado a hablar el español desde temprana edad, pero sí fue una aventura entender poco a poco el castellano; mientras que otros niños de la misma edad, e incluso poco mayores que yo, cuando llegaron a la primaria sólo podían entender cuando les preguntaban sus nombres. El problema que esto nos traía era que teníamos bajo rendimiento escolar e incluso muchos llegábamos a reprobar en los exámenes escritos, pues había preguntas extrañas para nosotros. Esto pasaba en la mayoría de las materias, pero principalmente en español, por ejemplo, las palabras “jaurías” y “parvadas” y los nombres de plantas y animales. Y era peor aún cuando nos explicaban acerca de los adjetivos o los temas relacionados con la literatura.

Actualmente en mi pueblo Tseltal existen dos primarias, una federal y otra bilingüe, y eso de alguna manera divide a nuestro pueblo, e incluso ocasiona que algunos lleguen a despreciar nuestra propia lengua. Hasta he escuchado decir que la escuela federal es mejor porque allí enseñan a hablar español y en la bilingüe no. Con el paso del tiempo he podido conocer la calidad de la educación que imparten en los niveles básicos, porque de niña nunca tuve la facultad de calificar la calidad de la educación que estaba recibiendo en aquel tiempo. Gracias al conocimiento que tengo sobre este tema, puedo afirmar que la educación básica no es la adecuada, ya que he convivido con niños que estudian en la escuela bilingüe y no bilingüe. Y considerando mi experiencia, la diferencia no es mucha entre esas dos modalidades, porque de todas maneras en la escuela bilingüe es muy deficiente la impartición de clases relacionada con

la lengua materna, tanto en los materiales, como en los docentes.

En el caso de los profesores, en ocasiones puede encontrar que unos no son hablantes de lengua originaria, otros si lo son y hablan otra lengua local, y otros más, si hablan la misma lengua del lugar pero con otra variante. Este problema se encuentra en todas las llamadas escuelas bilingües-interculturales. También se enfrenta uno al problema de la redacción, ya que los profesores no nos corrigen si tenemos errores, ya sea en la incongruencia de los nombres propios y comunes, o en el uso de las letras y de la acentuación. De esta manera vamos avanzando y creciendo con estos errores hasta pasar a otro nivel. Es complicado corregirnos y los profesores piensan que escribimos así porque hablamos torpemente el español. Lo bueno es que los que seguimos avanzando hacia otros niveles de educación, nos vamos dando cuenta que algunas cosas, o palabras que siempre decíamos o escribíamos, estaban mal y empezamos a escribir bien. Con esto puedo afirmar que si bien la educación ha ayudado en las comunidades y pueblos indígenas, también ha hecho que se deje de hablar la lengua materna ya que a los niños ya no se les enseña a hablarla. Ahora ellos piensan que con hablar bien el español ya no se burlarán de ellos cuando vayan a la primaria, cuando pasen a otro nivel educativo, e incluso cuando salgan fuera de su lugar natal.

Yo creo que la educación intercultural no está mal, porque no podemos encerrarnos en un mundo estático. Lo malo de todo es no saber combinar los elementos y dejar a un lado, o despreciar nuestra cultura, ya que muchos desearían no ser bilingües sino sólo hablantes del castellano. Eso pasa porque les hicieron creer a nuestros antecesores que las lenguas originarias son vulgares y atrasadas. Hoy en día ya no es muy común escuchar estos comentarios, pero no quiere decir que nadie lo diga, ya que aún existen muchas personas racistas, que son ignorantes en cuanto a nuestra historia y a la riqueza que poseen las culturas originarias. Algunos consideran que el aprender a hablar el castellano nos convierte en personas civilizadas y cultas. Aquí la cuestión no es poner en una balanza

cuál lengua es más importante que la otra, sino respetarlas y dejar que libremente hablen los pueblos originarios sus propias lenguas y, si lo consideran conveniente hacer lo mismo con el español.

CULTURA E IDENTIDADES

Es cierto que las manifestaciones culturales se van modificando día a día, pero también que los jóvenes originarios de hoy, creamos nuevas formas de estructuras y de organizaciones que permiten mantenernos como pueblos originarios con una identidad joven. De esta manera le damos un enfoque histórico y cultural a nuestros pueblos, buscando siempre el desarrollo, con la finalidad de mejorar la calidad de nuestras vidas, logrando así modificar algunos roles que se adquieren en nuestros pueblos y creando identidades múltiples, dependiendo de la ideología de cada joven.

Cuando se habla de que tenemos una “identidad cultural múltiple” podemos hacerlo de manera individual o de forma colectiva, y en relación hacia los jóvenes que han adoptado elementos urbanos, creando identidad juveniles propias, pero que al mismo tiempo, conservan de alguna manera las creencias, costumbres y tradiciones de su pueblo y origen; aunque hay otro grupo de jóvenes que están más aislados, valoran menos su cultura y se sienten totalmente ajenos a sus propias raíces. Ante esa situación, también hay que tener en cuenta que los jóvenes representan un grado de peligro para su sociedad y su organización social, por el proceso de la aculturación, ya que incluso han incluido en su identidad elementos de culturas anglosajonas. Esta observación me traslada a un campo de confrontación dialéctica entre mi percepción de las expresiones múltiples y contemporáneas que puedo observar en este siglo XXI, y las de otros, en la sociedad que los seres humanos construimos. Es una libertad que la misma sociedad nos otorga, independientemente de lo que hacemos y de la pertenencia que tengamos hacia alguna cultura.

La cultura heterogénea no sólo es característica de los jóvenes, sino también de otros sectores de edad, porque todos transitamos hacia un escenario moderno, y sin duda esto no es local, porque se ve en todos los pueblos, pero en diferentes escalas, ya que unos van con mayor aceleración mientras que otros tratan de ser más conservadores y tradicionalistas en los diferentes ámbitos de la vida. Todo esto de acuerdo con nuestra concepción sobre la vida. Sin embargo, eso implica la confrontación con los modelos de organización y de vida, que se van conociendo a través de las experiencias y convivencia con otros jóvenes pertenecientes a otros lugares.

LOS JÓVENES

Para darle sustento a mi opinión del párrafo anterior, cito un ejemplo como joven actor social e identidad múltiple que soy. He convivido con jóvenes mayas tseltales como yo y con mayas tzotziles del municipio de San Juan Chamula, y me he dado cuenta que los jóvenes tzotziles de San Juan Chamula, tanto hombres y mujeres, han sabido conservar sus tradiciones tangibles e intangibles de una manera muy interesante y original. Han creado grupos que danzan y ejecutan música tradicional, mientras que otros utilizan la lengua materna para cantarla en el género del rock, y de este modo combatir la discriminación de razas, y al mismo tiempo conservar y valorizar la lengua y las expresiones artísticas de los jóvenes mayas contemporáneos. Es una forma también de mejorar la economía mediante conciertos, presentaciones y venta de discos. Este movimiento artístico y cultural de los rockeros tzotziles ha tomado fuerzas en esta primera década del siglo XXI. Mientras que en mi pueblo, perteneciente a la etnia Tseltal, se ve poco interés de los jóvenes para preservar, rescatar o mantener nuestros usos y costumbres. Ello se debe a que muchas familias se están cambiando de religión, es decir de la religión católica tradicionalista a la cristiana en sus diferentes denominaciones. Otra de las causas es el proceso

de la migración temporal y hasta indefinida, que conduce a la falta de interés en seguir con nuestras manifestaciones culturales, heredadas por nuestros antepasados.

Otro aspecto interesante de la convivencia con otras personas, y cuando se adquieren hábitos de otras culturas, es el consumo de drogas, que ocurre hasta en las comunidades más apartadas. Existen niños que se han metido en el mundo de las drogas, ya que son inducidos por personas mayores que han estado en las zonas urbanas y que ahora son víctimas de adicciones. Así, a los niños les enseñan primero a consumir y después a vender, principalmente mariguana. La manera de consumir es muy diferente comparada con la que se hace en la zona urbana, porque en los pueblos y comunidades no existe el peligro de ser encarcelados. Fuman en las calles y lo hacen como con cualquier marca de cigarros, y las autoridades locales no pueden hacer nada para detener esta cuestión.

La religión también juega un rol importante en cuanto a los cambios en la organización social y la cultura de un pueblo, porque muchas de nuestras manifestaciones culturales se ejercen en la religión. Esto se ha venido dando desde la llegada de los españoles, cuando los pueblos originarios fueron sometidos a la religión católica, dando como resultado el llamado sincretismo. Y es lo que se puede encontrar en la actualidad con la religión católica tradicionalista. Mi pueblo por ejemplo, ha perdido gran parte de sus usos y costumbres, y hoy casi nadie los recuerda, ni siquiera los adultos jóvenes, mucho menos la juventud de la generación actual. Existe falta de interés, porque muchos consideran que en estos tiempos no es necesario danzar para pedir que llueva, ni gustan de escuchar música tradicional en los festejos. La mayoría de los habitantes prefieren escuchar, en las fiestas del pueblo, a los grupos de música duranguense que hoy en día está de moda, o música de otros géneros, como las canciones rancheras y nortañas; y nunca piden que se toque música tradicional, ya que para los jóvenes no es fuente de entretenimiento y mucho menos de su agrado. La interculturalidad es importante para el desarrollo de nuestros pueblos, pero eso no

quiere decir que debemos dejar a un lado nuestros elementos culturales, o lo que nos pertenece e identifica como pueblos originarios.

Hay que aceptar que en el contexto actual de mi pueblo, como bien decía anteriormente, se ha perdido gran parte de los usos y costumbres, pero también hay que reconocer que todavía se puede apreciar mucho de su originalidad, y que nos identifica como pueblo único: la indumentaria, la variante de la lengua Tseltal, la cosmovisión, y el quehacer artístico que le ha dado fama a nivel mundial, por la elaboración de artesanías de barro modelado a mano. Con respecto a la indumentaria entre una mujer joven y una mujer adulta se ve clara la diferencia, porque aunque sea el mismo modelo, el estilo de la vestimenta joven es más colorida con hilos más finos, mayor decoración, y se combina con elementos urbanos mediante el uso de los accesorios, que van desde joyas hasta los zapatos. Mientras que la mujer adulta no usa accesorios y el traje es elaborado con hilos más sencillos, combinándolo con huaraches y/o caites.¹ Por otra parte, entre los hombres se observan tres generaciones en cuanto a la indumentaria: la generación joven, el hombre de edad media y los adultos mayores. La generación joven se caracteriza porque usa *jeans*, playera, camisas de diferentes estilos y marcas, y consumen calzado y artículos de moda. En cambio en los hombres de edad adulta, que comprenden la segunda generación, utilizan pantalones elaborados en el pueblo con tela industrializada de color oscuro, que varía de color negro al azul, complementados con camisas blancas y zapatos o huaraches tradicionales. El otro sector lo conforma hombres de edad más avanzada, y la característica de su indumentaria es auténticamente tradicional, y consta de pantalón blanco con tela de algodón, un poco debajo de la rodilla, camisa blanca del mismo material, porta una faja roja en la cintura y huaraches elaborados por ellos mismos, o que pueden ser comprados.

¹ Caites: se le denomina a los huaraches o calzado de plástico que ya forma parte de la indumentaria tradicional y que suelen utilizar un pueblo o cultura.

Muchos jóvenes que pertenecemos a la religión católica tradicionalista, conservamos la mayor parte de las creencias ancestrales. Nuestra cosmovisión es la más difícil de modificar, ya que eso es lo que nos transmiten y enseñan desde niños: a los niños y las niñas en concreto, cuando acompañan a sus mayores, les enseñan a cargar leña, a ver la milpa, y cuando se van de caza, cuando van a las montañas o a los cerros, les dicen que no deben de acercarse a las cuevas, porque allí les pueden robar sus *ch'ulel*². Porque todas las cuevas tienen dueños, algunos buenos y otros malos. En la lengua tseltal se le denomina *Tsajal Chauk* al los dueños malos y *Sakil Chauk* a los dueños buenos. Según nuestra cosmovisión, en mi pueblo se cree que a los primogénitos se les puede robar con facilidad su *ch'ulel*, y por eso hay que impedirles que se acerquen a las cuevas y hay que evitar que se alejen mucho de sus mayores. Porque si un *ch'ulel* se queda en alguna cueva, o en cualquier lugar sagrado, como son los cerros y los manantiales, es necesario ir por ellos, o de lo contrario, la persona corre el riesgo de perder la vida y su *ch'ulel* se irá a vivir en ese lugar. La persona que tiene que ir a traer el *ch'ulel* debe ser un curandero, quien a cambio de sacar el *ch'ulel* le ofrecerá al lugar, alimentos y bebidas sagradas. Esta concepción que tenemos de la vida y de la naturaleza se practica aún en la juventud, así seamos estudiantes e incluso profesionistas. Si pertenecemos a la religión católica tradicionalista, eso es parte de nuestra cosmovisión, que no podemos dejar de creer, porque si esto pasa estaremos traicionando a nuestros dioses, y sobretodo nuestra identidad como grupo cultural originario.

² *Ch'ulel* en mi etnia que es la tzeltal, y como otras etnias mayenses de Chiapas, quiere decir, nuestra otra parte intangible. Muchos dicen que es nuestro espíritu, pero es mucho más que eso, es nuestra vida, y los curanderos de mi pueblo dicen que es nuestro guardián, es decir nos cuidan físicamente, dependemos de él y él de nosotros.

SER JOVEN

Por todos los factores que influyen en el desarrollo de los pueblos originarios, en la noción de ser joven se están adoptando valores, símbolos y significados, que expresan nuevas situaciones y condiciones de vida, en la socialización con otras culturas; lo cual permite generar nuevas prácticas culturales y estrategias para conservar y difundir nuestras culturas. Por ejemplo, la realización de rituales fuera del tiempo y espacio tradicional, encuentros de danzas, música, entre otras manifestaciones.

Los jóvenes de hoy en día somos los responsables de transformar nuestros valores y costumbres, ya que muchos somos muy modernos, con grandes diferencias con nuestros mayores, como en el uso del celular, y porque empleamos todas las tecnologías que están a nuestro alcance. Salimos a conocer el mundo externo, hay jóvenes que están en otros países e incluso en otros continentes, estudiando, ya sea la licenciatura o algún posgrado, preparándose cada día para ayudar a nuestros pueblos y buscar la igualdad, justicia y dignidad.

Estos cambios de la juventud originaria tienen que ver con las instituciones que transmiten las nuevas formas de vida, porque ciertamente la cultura no se trae en los genes sino que se va adquiriendo a través de las relaciones sociales. Las instituciones encargadas de transmitir la cultura y por tanto la identidad son: la familia, religión y escuela; y ahora hay una cuarta institución que juega un rol importante en estos tiempos: los medios de comunicación, que lo hacen a través de sus contenidos editoriales así como mediante la publicidad. Esto lo ha sabido aprovechar al máximo el capitalismo a través de la mercadotecnia, porque al consumir productos específicos estos consumos se vuelven fuentes de identificación entre los jóvenes, aún entre los de distintos niveles socioeconómicos y de diferentes culturas; lo cual se ve con frecuencia en las zonas urbanas. La mercadotecnia ha logrado subvertir el orden tradicional e imponer las reglas que definen el mercado de consumo, influyendo

no sólo en las acciones del Estado sino en los movimientos sociales y culturales, y sobre todo en los agrupamientos juveniles.

Así, he observado cómo los jóvenes varones de mi pueblo Tsel-tal, cuando salen a trabajar temporalmente a las grandes ciudades, principalmente los que emigran a la ciudad de México, regresan vestidos de manera muy diferente, utilizando los llamados pantalones cholos y con frecuencia se visten de negro. Todos o casi todos, consiguen trabajos de ayudante de albañil en las construcciones en las grandes urbes. Aquellos que salen a estudiar también marcan su diferencia por la forma de vestir, de hablar, de comportarse y por la noción que tienen de la vida.

Derivado de lo anterior, en los jóvenes es fuerte el impacto de los cambios que se dan en los procesos de socialización, que antes se desarrollaban fundamentalmente en el seno de la familia y de la vida comunitaria; en cambio en este siglo XXI, socializamos en las escuelas desde nivel básico y los que tenemos la oportunidad de llegar hasta las universidades lo hacemos en la migración, así como en todas las relaciones interétnicas presentes en la sociedad globalizada de la que formamos parte. La socialización se ha vuelto múltiple, se produce desde diferentes ámbitos, y no siempre es compatible con las formas tradicionales. Es decir, que parte de la producción del sentido de la identidad está fuera de los ámbitos de la vida comunitaria.

Es una situación totalmente diferente de cuando mi mamá vivió su juventud, porque su ciclo de socialización estaba basado en las normas de la comunidad, con determinadas formas de percepción y acción social, con reglas claramente definidas para establecer actitudes y comportamientos basados en las tradiciones, mayoritariamente compartidas por el resto de la comunidad. Por ejemplo, cuando mi mamá era niña sabía que tenía que cuidar al hermano menor y no debía asistir a la escuela, tenía una manera de vestirse, y no debía hacer cosas que sólo a los varones les eran permitidas.

SER JOVEN Y SER MUJER

Ahora nosotras estamos en plena construcción de lo que significa ser mujer y ser joven de un pueblo indígena, ya que es uno de los aspectos de cambio que más auge ha tenido en los últimos años. Se está cambiando el rol que juega una mujer en la comunidad; uno de los más interesantes es el derecho a la educación, al trabajo, a la participación comunitaria, entre otros ámbitos. Cuenta mi mamá que mi abuelita no la dejaba ir a la escuela primaria, en cambio todos los hermanos varones terminaron su primaria porque les daban preferencia de asistir al colegio. Hoy en día se ve muy marcado el cambio y se practica con mayor frecuencia la equidad de género. Quedan pocas familias que siguen con la ideología de que las mujeres no pueden superarse por medio de la educación en sus diferentes niveles.

También hemos tenido la tendencia de apropiarnos de bienes culturales, productos de las industrias culturales hegemónicas, esto ha generado otro modo de vivir y estilos de consumo globalizados. Las que nos preparamos profesionalmente hemos adoptado los productos de la tecnología para enfrentarnos día a día con la competencia que se vive, mientras que las que no estudian alguna carrera utilizan menos la tecnología. Lo que muestra que ello no debe verse de forma mecánica, ya que tales consumos no suceden de la misma forma en todos los lados, porque varía la apropiación y resignificación que cada joven hace en cada lugar y el acceso que a ellos tiene.

POBREZA, DISCRIMINACIÓN Y DESARROLLO

Algo que se evidencia es la condición asimétrica y de pobreza de nuestras poblaciones originarias, ya que siempre hemos sido para el Estado sinónimos de falta de desarrollo tanto económico como social, y ello limita las opciones para decidir autónomamente el

sentido del cambio que queremos vivir. Lo cierto es que el desarrollo para nosotros también significa dejar a un lado algunos de los elementos de los usos y costumbres. No obstante, y a pesar del panorama desolador que provoca el impacto de las políticas nacionales y de la globalización, algunos jóvenes indígenas, más que enarbolar demandas como sector generacional, buscan modificar las condiciones estructurales, ideológicas y culturales que contribuyen a la reproducción de la pobreza y la exclusión, que hemos vivido desde la invasión por parte de los europeos, considerándonos como una cultura inferior a ellos. Y la discriminación, ha llevado a algunos al desinterés por conservar las culturas e identidades propias.

Los grupos no indígenas que nos rodean y que saben que venimos de tierras indígenas, a veces tienen concepciones erróneas y simplistas de nosotros, las cuales les impide conocer y valorar mejor nuestras culturas. Las visiones y prejuicios externos afectan mucho a la sociedad; para cambiar estas concepciones se tiene que tomar en cuenta la activación de nuestros símbolos y significados, y se requiere que ya no vean a nuestra cultura como un problema para la sociedad mestiza sino como una riqueza, parte de la diversidad cultural étnica existente en nuestra patria.

En esta generación de jóvenes originarios, de la que bien puedo decir que formo parte porque soy una de esos jóvenes que viven y experimentan los cambios y la transformación o desarrollo de nuestra cultura, sabemos bien que la cultura es dinámica y que sufre modificaciones con el tiempo. Sólo que en estos días el cambio es más acelerado, a diferencia de la juventud que vivieron nuestros abuelos o las personas mucho mayores que nosotros y que conocemos en nuestras localidades. El punto es que también somos víctimas en este proceso de socialización que es una amenaza para nuestras manifestaciones culturales, al vernos sometidos con mayor frecuencia a las sociedades urbanas, y al copiar estilos de vida occidentales; y sin darnos cuenta nos vamos alejando cada vez más de nuestras culturas. Para nosotros es difícil volver a recuperar nuestra identidad.

EL CAMBIO ¿HACIA DÓNDE?

Tenemos mucha tarea como jóvenes estudiantes, profesionistas y campesinos, ya que de alguna manera somos agentes de cambio. Hay que poner todo en una balanza y reflexionar sobre qué factores del cambio nos ha beneficiado y qué nos ha afectado. En este sentido no estaría de más cuestionarnos ¿qué es ser indígena? Ya que cuando nos referimos a este término, rápido pensamos en grupos étnicos, que tienen cierta lengua, una indumentaria, algunos rituales, entre otras características; y al mismo tiempo nos vienen a la mente imágenes e ideas que suelen reflejar la discriminación y marginación que hemos vivido. Hay que hacer conciencia, actuar y autocriticarnos y enjuiciar lo que los demás dicen de nosotros; debemos cuestionarnos si es correcto que nos llamen *indígenas* y preguntarles a los demás qué opinan de eso.

Debemos buscar un término no discriminatorio, racista ni marginalista. Ya que la palabra *indígena*, y peor aún la de *indio*, nos ha hecho mucho daño, desde que llegaron los españoles a invadirnos y considerarnos como culturas inferiores a ellos, y hasta la actualidad nos siguen tratando así los que no se creen indígenas. De alguna manera hemos sido ignorantes, o por falta de conocimiento, hemos aceptado que nos llamen de esa manera. Recuerdo que en una ocasión tomé un diccionario y busqué el significado de este término y pude entender el verdadero significado: “originario de un país” y pues me llevó a una reflexión llegando a la conclusión que todos los mexicanos somos indígenas con una gran diversidad de culturas y etnias. Un joven mestizo me preguntó si yo era indígena, le contesté: soy de la etnia Maya Tseltal. Un término bastante desconcertante y poco conocido para él, al estar acostumbrado a escuchar “*esos indios, aquél indígena o ese Chamula*”. Todos somos indígenas, porque tenemos una pertenencia cultural, y qué mejor que nos digan pueblos originarios. Si todos los jóvenes cambiáramos esa concepción, con el paso del tiempo se irán olvidando del término *indio* para dejarlo sólo en la memoria, en los registros de lo que fuimos, y un

punto y aparte de lo que seremos de hoy en adelante. Debemos dar a conocer a nuestros mayores que no conocen las letras, pero que tienen conocimientos y experiencias valiosas que no encontramos en los libros, –aunque sean escritos por los más prestigiados investigadores–, para que sepan de ellos nuestros niños que son el presente y el futuro. A ellos hay que decirles que nosotros no somos *indios* sino mexicanos, que los indios viven en otro país y que su país se llama India: un país como cualquier otro en este mundo. De esta manera podremos generar el verdadero cambio. Al mismo tiempo debemos dar a conocer la importancia de nuestra cultura. La manera de apreciar y valorar lo que tenemos, o lo que tuvimos, es conocer nuestras raíces, es decir la verdadera historia. Así podríamos combatir la discriminación que nos hacen los agentes externos. Y debo decir cuando me vuelvan a preguntar: soy Maya Tzeltal, e incluso si estoy fuera del estado diré soy de Chiapas.

En las culturas indígenas muchas cosas son admirables, pero nada más asombroso que nuestros pueblos, nuestra gente que ha podido conservar la cosmovisión heredada por nuestros ancestros. Es valioso saber que jóvenes y no tan jóvenes estamos orgullosos de nuestras culturas y que en cada paso que damos cargamos la herencia ancestral. Es un verdadero orgullo saber que muchos de nosotros, pertenecientes a alguna etnia, estamos terminando una licenciatura, una maestría e incluso hasta un doctorado, y que a pesar de nuestra preparación reconocemos y valoramos nuestra cultura, las tradiciones, las creencias y que somos parte de nuestra gente, y de la vida comunitaria. Aunque hay que reconocer que no todos pensamos lo mismo, debido a que existen personas que se avergüenzan de sus raíces y prefieren ocultar su identidad, llegando a rechazar por completo a su cultura y todo lo que ésta engloba.

Los jóvenes que estamos preocupados por el desarrollo y la conservación de nuestras culturas nos enfrentamos con un dilema, que nos desafía día a día: la preocupación sobre el proceso de cambio, que no necesariamente es desarrollo para el bien de la comunidad. En mi caso particular, observo y vivo el proceso de cambio en mi

pueblo, y me pregunto: ¿Desde cuándo los hombres están dejando de usar la ropa típica o indumentaria tradicional, por qué ya no se consumen esos alimentos que de manera saludable se producen en la localidad y que han sido sustituidos por alimentos chatarras y refrescos embotellados? ¿Y por qué los niños ya no están aprendiendo a hablar la lengua materna? Estas circunstancias que observo me llevan a cruzar un mar blanquecino, surcando olas abrumadoras, como un soplo de tormentas en mi mente, al habitar yo en un mundo tan cambiante, y al pensar que mi pueblo está sufriendo. No sé si son los primeros síntomas del etnocidio.

Debemos ser conscientes de que la cultura es dinámica, aunque eso no justifica que dejemos morir nuestra cultura. Me consuela pensar que estamos en ventaja, porque como pueblos originarios tenemos la capacidad de adaptarnos en el tiempo y espacio, y como muchas culturas originarias hemos podido resistir a los que han querido extinguir y acabar con nuestros pueblos. El ingenio de los hombres y las mujeres de nuestros pueblos originarios apresan con sus redes las tradiciones y las costumbres. No muere por completo la cultura, es más, se va enriqueciendo al abrirnos a las demás culturas, pero buscando la manera de conservar la nuestra. Porque por tradición, a lo largo de nuestra historia estas memorias no han sido aplastadas; y me refiero al joven que ha tenido el privilegio de establecer una plática agradable con sus padres y abuelos, o con cualquiera que cuenta historias, según nuestros antepasados les platicaron a ellos anécdotas, mitos, leyendas, etc. A aquel joven o niño afortunado que alguna vez escuchó platicar a los viejitos y que tiene la tarea y obligación de seguir transmitiendo esos relatos para que no se pierdan; y así, los niños y los jóvenes del siglo XXI sean también afortunados y se sientan orgullosos de sus antepasados, y la cosmovisión nunca se extinga. Esto que para los antropólogos es “*tradición oral*” para nosotros significa más que eso; es nuestra esencia como grupos étnicos, es nuestro pasado, presente y futuro, es el alimento de nuestras vidas, lo llevamos en la sangre que corre en nuestras venas, es el principio y el fin. En sí es la

riqueza que poseemos como culturas originarias, descendientes de las culturas mesoamericanas.

CONCLUSIÓN

Muchos de nosotros estamos orgullosos de llevar en las venas “*sangre indígena*” y a pesar de radicar en las zonas urbanas nos identificamos como pertenecientes a alguna etnia, combatiendo la discriminación en las ciudades. Jóvenes universitarios que salieron de sus comunidades con la idea de superación, tratan de manejar bien el castellano, de aprehender por sí mismos el alado pensamiento occidental, los modos de vida urbana, a escapar del rigor de los hielos, a evitar los azotes psicológicos que resultan al enfrentarse a la discriminación. Pero más allá de copiar y adaptarse el estilo de la cultura *mestiza* somos aún portadores de nuestra historia; porque un indígena nunca deja de ser indígena por su manera de ver el mundo, por su cosmovisión que no se puede cambiar de la noche a la mañana, y por las dolencias rebeldes que sufrieron nuestros antepasados al resistirse, primero ante la colonia, después ante la política de la independencia y de la revolución, y las que aún padecemos por las políticas que vivimos actualmente.

Hoy en nuestros pueblos originarios tenemos todavía sabios que han heredado los conocimientos de los ancestros, y también los jóvenes y los niños tenemos la capacidad de aprender de esa sabiduría, como la medicina y la ciencia agrícola, que es conocida por la cultura occidental como “conocimiento empírico” y tradición oral. Pero tampoco podemos tratar a nuestras culturas originarias con conceptos románticos, y en mi caso que soy descendiente de la cultura maya, una de las culturas más rebeldes y con gusto por la guerra, la esencia de esta civilización que ha traído ventajas y desventajas.

Es un privilegio nuestro paso por este mundo y más aún saber y conocer la importancia de ser joven e indígena y ser conscientes en

esta época moderna y globalizada, pues se tiene la doble tarea entre ser indígena y ser joven al ir descubriendo el mundo que nos rodea y todo lo que nos ofrece el capitalismo, a través de los productos tan modernos e innovadores; de esta manera nos vemos obligados a consumir los productos trayéndonos ventajas y desventajas. Un ejemplo claro son los alimentos procesados que estando en las ciudades es fácil adquirir para ahorrar tiempo en la cocina o porque nos despierta curiosidad en querer probar tan extraño alimento. Y la consecuencia de esto, es que con el tiempo nos vamos adaptando a este hábito y dejamos de consumir lo que se cosecha en nuestros pueblos, llámese: tortillas o alimentos a base de maíz, frijoles, verduras, es decir, vegetales que crecen en nuestros pueblos y que ha sido parte de nuestra dieta diaria.

En nuestros días la mayoría de las comunidades padecen desnutrición, principalmente en niños menores de 10 años, debido a que el consumo de comidas chatarras se ha incrementado en estos últimos años. Este aumento se da por la accesibilidad de tipo económica y la distribución del producto, porque se pueden adquirir en precios muy bajos y en cualquier tienda de comunidad por muy chiquita que ésta sea.

No se quedan atrás los refrescos embotellados. He vivido y experimentado cómo este producto ha ocupado un lugar importante en las comunidades y/o pueblos étnicos, llegando al grado de considerarse como una bebida principal e importante en las festividades religiosas, civiles y políticas, entre otros. El uso principal que se le ha asignado a los refrescos embotellados, y en particular a los productos de la Coca Cola, que desde hace décadas juega un papel fundamental en las ceremonias y rituales. He visto el consumo excesivo en las festividades religiosas y no religiosas. En las curaciones tradicionales forma parte como otro de los elementos esenciales al igual que las bebidas embriagantes rituales y que cada pueblo ha creado su propia bebida para ofrecerles al dueño del agua, entre otros dioses o dueños de la naturaleza. Desde chiquitos nos enseñan a tomar refrescos (yo viví esa experiencia). En una ocasión

donde tuve la oportunidad de asistir a una fiesta en la casa de una familia, me di cuenta que una señora tenía su niño como de dos años aproximadamente y a la hora de la comida, todas las señoras y muchachas que se habían encargado de hacer las tortillas buscaron lugares cómodos dónde sentarse, la mayoría buscó refugio en el suelo formando una especie de andana y todos los niños se sentaron enfrente de sus mamás. Las muchachas jóvenes empezaron a pasar los platos de comida, luego las tortillas servidas, la sal y al final los refrescos en botellas de vidrio. Una señora que llevaba su niño pidió vasos para servirle refresco y otra señora que también tenía su niño, pero con más edad que la otra (8 años aproximadamente) tomaron de la misma botella, es decir, el niño y la mamá compartieron la botella de refresco, también pude observar una madre con una bebé en brazos, cargaba un biberón y al recibir su refresco, ésta lo primero que hizo fue llenar el biberón para dárselo a su bebé para distraerla mientras comía.

Con esta experiencia me di cuenta cómo nos crean el hábito de consumir refrescos embotellados. He escuchado conversaciones en las fiestas donde comentan de personas que ya no consumen mucho refresco embotellado, o si lo consumen lo tiene que rebajar con agua porque se han enfermado de *azúcar* (diabetes); en algunos casos, algunas personas cuando presentan los síntomas de diabetes lo relacionan con alguna maldad causada por alguna persona y no aceptan que es una enfermedad que no tiene nada que ver con brujerías o algo similar. Por supuesto, no todo lo que hemos adaptando de la cultura occidental para satisfacer nuestras necesidades y deseos afecta a nuestra cultura en los diferentes aspectos de la vida comunitaria; también hay algunos que nos han favorecido en la economía, en la organización social y en la participación comunitaria, sobre todo en las mujeres y en la salud.

Gracias a algunas políticas, aunque no se aplican de manera adecuada, hemos podido conservar un poco nuestra ecología, cuidar la salud, la economía, entre otros. Como la introducción de estufas ecológicas o ahorradoras de leña e incluso estufas de gas, considero

que son una buena alternativa para reducir la tala de árboles. Me he dado cuenta, porque mi familia también lo hace, los camiones llegan llenos de madera fresca que servirá en la cocina. Para llenar un camión de los que utilizan para transportar, se necesita de 1 a 3 árboles gigantes que tienen de 10 a 50 años de edad cada árbol, y se utilizan en menos de seis meses. Actualmente muchas familias están usando las estufas ahorradoras y sí se nota que está dando resultados, porque los camiones que traen leña duran el doble e incluso el triple de tiempo.

El uso de la tecnología también nos ha favorecido, la radiocomunicación que ha servido para comunicarnos de comunidad a comunidad, los medios audiovisuales modernos juegan un papel importante para nosotros que somos universitarios, profesionistas o personas que se han dedicado a la promoción y conservación cultural; sin embargo, estamos preocupados de preservar o realizar un registro de nuestras tradiciones y costumbres porque sabemos que esto se va modificando y de alguna manera hay que ver la forma de dejarle nuestras tradiciones y costumbres a las generaciones futuras, como patrimonio tanto material como inmaterial de nuestras culturas. Y hemos encontrado la manera de preservarlas mediante fotografías, videos, documentos, audio, libros, entre otros.

Particularmente me he dedicado a la promoción cultural y artística, me ha interesado la conservación y rescate del patrimonio cultural tangible e intangible, en las diferentes expresiones de los pueblos mayas y zoque. En la actualidad estoy trabajando un video documental en el territorio zoque acerca de una danza que nace a partir de una leyenda de los tiempos prehispánicos. Todo esto gracias a mi formación en cuanto al campo artístico y cultural, que me ha permitido apreciar los bienes y servicios culturales de cada etnia o cultura de Chiapas, e incluso de otras etnias de la República Mexicana, ya que he tenido la oportunidad de viajar y conocer las situación de vida que tienen, sus estilos de vidas, su lengua, su cosmovisión e incluso la historia que compartimos como descendientes de culturas madres.

Desde mi punto de vista, es importante debatir el tema de la migración, porque yo también he salido de mi tierra natal a una ciudad, con la finalidad de seguir estudiando, primero la preparatoria y después el nivel superior. Desde mi experiencia, salir de la tierra natal genera un fenómeno no sólo en los jóvenes sino también en los adultos que nos convierte en actores sociales con identidades múltiples; esto se debe a que nos enfrentamos con otras culturas y modos de vidas. Los jóvenes que salimos de nuestras localidades cambiamos nuestra forma de vestir, educación, en algunas ocasiones copiamos modelos de vida y a veces nos volvemos consumidores de alguna marca y/o clase de alimentos, es decir, nos volvemos dependientes de la mercadotecnia.

La migración tienes sus pros y sus contras, porque cuando salimos de nuestras comunidades, lo hacemos con la idea de mejorar nuestras condiciones de vida, es decir, queremos buscar un empleo mejor pagado, o seguir estudiando, para superarnos y después ayudar a nuestra gente; pero desafortunadamente existen casos en que los jóvenes salen para buscar empleos y buena cantidad de ellos caen en el vicio, ya sea de algún tipo de drogas o del alcohol, y cuando se involucran en las drogas, luego son utilizados como vías para la distribución de esas sustancias e incluso llegan a ser extorsionados.

En la actualidad existen bandas en el pueblo, que se denominan *los batos locos*. En las paredes de las casas pintan sus firmas para expresarse. Las personas mayores señalan que eso no hacía la juventud porque no salían a trabajar en las grandes urbes sino iban a trabajar en las fincas y no había mucho cambio como se ve ahorita en como regresan los jóvenes. Otros ya nunca más regresan a sus casas y la familia no sabe nada de ellos, algunos muchachos llegan a verlos en la capital del país, afirman que se dedican al robo, al consumo y venta de drogas y son pertenecientes a cualquiera de las bandas peligrosas que existen en la capital. Ha habido casos de jóvenes que son regresados a sus hogares ya sin vida, porque murieron en algún enfrentamiento con otras bandas de jóvenes.

Que la migración tienes sus ventajas también lo digo, porque existen muchos jóvenes pertenecientes a alguna etnia que salen a las zonas urbanas para seguir estudiando algún nivel académico, e incluso varios llegan a terminar algún grado de posgrado, y esto es lo que le ha dado importancia a nuestras culturas, porque conociendo nuestra situación y la historia, empezamos a valorar la etnia en que nacimos. Resultado de esto es el tan debatido tema de la *interculturalidad*, y el derechos de los pueblos indígenas, la igualdad, la lucha por la no discriminación de razas y una infinidad de temas tan discutidos por nosotros, como pertenecientes de los pueblos originarios y que día a día buscamos la dignidad de nuestra gente, nuestras raíces, nuestros pueblos e incluso nuestros dioses.

En suma, como pueblos originarios tenemos la esperanza de que tarde o temprano podamos vivir en armonía como vivieron nuestros antepasados mayas en mi caso, de respetar nuestra madre tierra y vivir de manera sustentable para no hacer agonizar a quien nos da de comer.